

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París M. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Viernes II de Julio de 1890.

EL PRIMER SUBMARINO.

Cabe á Cádiz la suerte de ser la primera ciudad en todo aquello que encierra para España profunda trascendencia. Fernán Caballero, haciendo de la geografía un ser formado como el hombre, en uno de sus graciosos cuentos da á Cádiz la preeminencia de la finura simbólica, puesto que hace la cabeza de la ninfa Iberia, de la cual diremos, para los que no recuerden ó no conozcan esta humorística descripción de la insigne escritora, que corresponde el estómago á Madrid, la mano derecha á Cataluña y la izquierda á Galicia.

Pues bien; la cabeza de la nación ha desempeñado su cometido admirablemente: ha comprendido el pensamiento del inventor y lo ha hecho suyo, le ha dado la vida de su cerebro enérgico y radiante de luz, y le ha defendido como se defiende la propia existencia.

Aquí puede decirse que todos en general, y cada uno en particular, nos consideramos triunfantes con el triunfo del inventor; todos creemos tener algo nuestro en la obra, todos queremos al Peral como si estuviésemos animado de un alma para pa-
ra nuestro cariño.

La primera prueba (me refiero á las oficiales y no á las ensayos privados del inventor) dió un resultado notable.

El barco eléctrico podía navegar en alta mar con superioridad y precisión; su marcha á media máquina le daba un andar de seis á siete millas por hora; su estabilidad quedaba comprobada, así como la regularización de su peso y su horizontalidad en aguas agitadas, pues el día de las pruebas en cabo Roche había mucha mar de fondo y fuertes virazones, que no lo entorpecieron.

Jamás barco alguno había hecho tanto teniendo por motor la electricidad, ni nunca se había encerrado en tan reducido espacio tal cúmulo de energías.

Su segunda prueba, á cuarto de máquina, completó el experimento, dando á conocer que el submarino podía estar dispuesto para cumplir su misión sin necesidad de renovar su fuerza, para hacer un recorrido mayor de 300 millas.

Faltaba la gran experiencia, la prueba suprema, de la cual pendía el éxito de Peral: la de la navegación submarina.

Habíase sumergido en sus ensayos á la vista de todo Cádiz, y estábamos convencidos de que el invento existía; pero la duda hacía armas de la forma en que estos ensayos se habían hecho para negar su importancia.

—Se sumergió—decían—pero no navegó; luego no es más que un torpedo sumergible, pero no submarino.

En vano afirmábamos que, al sumergirse, había reaparecido á distancia.

—Lo arrastró la corriente—contestaban los que, para no discutir lo que no entienden, salen del paso con negar lo que está á la vista.

El día 7 de Junio todo quedó cubierto.

El Peral navegó á diez metros de pro-

fundidad, con orientación perfecta, gracias á su brújula especial, pues dentro del doble círculo de acero y agua en que funciona, no servirían las de uso corriente en la navegación.

La enorme cantidad de agua que sobre él pesa no altera su horizontabilidad en la navegación.

La atmósfera en su interior es perfectamente respirable, y sus motores funcionan con regularidad, obedeciendo la á voluntad del inventor.

El adelanto científico es un hecho. Probada su verdad, sobra decir que el valor de los ilustres marinos que han realizado esas pruebas raya en lo heroico, pues la parte material del invento, la construcción del barco modelo, que modelo y no otra cosa debe ser el primer submarino, tiene grandes defectos que irán desapareciendo en sucesivas construcciones; pero que han podido costar la vida á esos nobles españoles, que conociendo el peligro no vacilaban en arrostrarlo para demostrar que el invento estaba conseguido.

Algunos de aquellos defectos los ha indicado ya *La Epoca*; otros serán revelados con toda franqueza por el inventor, que desea se conozcan las dificultades esenciales y la heroicidad de sus compañeros. Una de las maravillas del barco es el aparato óptico, que colocado en la torrecilla gira y copia las imágenes que en un radi de una milla se contemplan, reflejándolas con perfecta exactitud en la mesa del inventor preparada al efecto, y desde la cual, con una combinación de aparatos, manda y dirige el buque.

Se dice que los submarinos que por este modelo se construyan serán mayores, no tendrán la forma cilíndrica y se adoptarán para los compartimentos estancos otros sistemas.

También se dice que sufrirá modificaciones la torre militar. Ahora es de esperar que las recompensas iguallen á los sacrificios, que Peral y sus compañeros sean premiados como merecen, y que la nación pruebe su gratitud de una manera seria y grande, como lo merece la importancia del asunto.

Inútil sería indicar los medios: los pueblos no necesitan que les enseñen á ser generosos, ni pueden, como lo dije al ocuparme por vez primera del submarino, regatear á sus hijos el premio de su gloria.

Patrocinio de Biedma.

UN NAUFRAGIO

El miércoles llegaron al puerto de la Coruña, conducidos por el vapor-correo «Alfonso XII», 108 naufragos de un vapor portugués, perteneciente á la Compañía Insular, que se fue á pique á mediados de Junio.

La historia de este naufragio es interesante.

Salió de New-York el 18 de Junio el vapor «Benguella».

A los seis días de navegación, advirtió uno de los maquinistas que el agua se introducía en el departamento de máquinas.

Al poco tiempo ya el buque estaba casi completamente inundado, siendo inútiles

los esfuerzos de la tripulación para evitar el siniestro que irremediablemente iba á ocurrir.

Apesar de las 4 bombas de vapor y 2 de mano con que se procuraba achicar el agua, el departamento se anegó y los fuegos se apagaron, imposibilitando la marcha del buque.

El capitán pretendió seguir á vela y con el buque medio á pique arribar á Terranova, de cuyo punto distaban unas 250 millas, distancia enorme, dadas las condiciones en que se encontraba el buque y el mal estado de la mar.

Por fin, cuando ya todo se creía perdido y la tripulación y viajeros se resignaban á sufrir la triste suerte que la fatalidad les había deparado, acertó á pasar próxima al «Benguella» una barca italiana, la «Marianina», que procedente de Boston se dirigía á Palermo, y la cual, advertida del auxilio que le pedían, se acercó al vapor, recogiendo la tripulación y el pasaje, salvándolos de una muerte cierta.

A bordo ya de la barca italiana comenzó una lucha, tan terrible como la que los desgraciados naufragos acababan de sostener; la lucha con el hambre. La «Marianina» estaba tripulada por 12 hombres, para los cuales solamente tenía viveres por espacio de dos meses.

Calculábase que la navegación duraría este tiempo, los viveres, pues, no eran suficientes, ni con mucho, para alimentar naufragos y tripulantes.

Dispuesto, sin embargo, el capitán del buque italiano á salvar á sus infortunados compañeros, hubo de recurrir al suministro de raciones en cantidades tan pequeñas, que puede decirse que los rigores del hambre comenzaron á sentirse desde el primer momento.

Cada galleta se distribuía entre dos; á cada persona se le suministraba una copa de licor de agua, pues de este líquido no había á bordo para todas las atenciones, incluso las de condimentación de alimentos, más que 300 litros escasamente.

En esta situación navegaba la barca «Marianina» después de haber tenido que alijar parte del cargamento de madera que conducía, para dejar sitio donde colocar á los naufragos, hasta el día 16 en que fue avistado el «Alfonso XII», cuyo capitán, en cuanto tuvo conocimiento por las señales que se le hacían de la situación del buque italiano, dispuso que dos oficiales de á bordo saliesen en dos botes á recoger á los infelices naufragos, operación que se hizo en el espacio de dos horas, sin que hubiese ocurrido el menor accidente.

El «Alfonso XII» los condujo á la Coruña, siendo objeto los naufragos durante la travesía de un esmerado trato.

En aquella capital, el vicecónsul de Portugal, Sr. Waes, y el Sr. Bermúdez (D. Vicente), alojaron á los parajeros y oficiales en fondas y hoteles, disponiendo su viaje para Lisboa, adonde llegaron ayer.

El vapor «Benguella» se dirigía á Lisboa, tocando antes en las islas Azores.

Era un buque viejo, recientemente reparado.

Varietades.

DE VISITA

Me ocurrió ayer un caso singular: Soy tan enemigo de hacer visitas, que en el verano elijo las horas de la siesta.

La criada ó el criado me dice que la señora duerme, en cuyo caso entrego mi tarjeta y

de este modo cumplo con los deberes de la etiqueta.

Sin duda con las emociones de estos días llegué á perder la cabeza, si es que alguna vez la tuve bien en su sitio, y por entregar la pequeña cartulina dejé mi abanico.

Esta distracción que no tiene excusa por mi parte, en un día de *terral* con hire de fragua en la habitación y en la calle, ha podido costarme un serio disgusto. La señora á quien dieron cuenta de que pregunté por ella, dejándole como recuerdo el japonés de veinte y cinco céntimos, se puso furiosa, creyendo erróneamente que se trataba de una burla equívoca.

—Dígame usted á ese caballero, me mandó á decir con la criada, que á Dios gracias no necesito hacermelo aire, y en cambio á él tienen que decirle diariamente cuatro *frases*. Que tome su abanico, y si quiere regalarlo que se lo mande al alcalde, por si la solución de la crisis le ha *sufocado*.

Por causa de otra visita tuve un rompimiento hace tiempo con los señores de Vientoseco y juro á ustedes que no tuve la culpa, por más que ellos me acusan de indiscreto.

Es el caso que por recurso empecé á hablar del tiempo, tema manoseado de todas las visitas.

—Hace un calor insostenible, me decía la dueña de la casa.

—La culpa la tiene, añadí yo con la mayor inocencia, esa nube. Y señalé á la que veíamos desde el balcón.

—¡Bah!—contestó ella, tratando de quitar importancia al nubarrón. Si eso es una nubecilla de verano.

—Crea usted, añadí yo sin malicia, que nubes así suelen traer pedriscos.

Todos se pusieron muy serios, lo que yo cayera en la cuenta.

—Pero, majadero, me dijo un amigo al salir, ¿qué has hecho?

—Bien se comprende que no tengo tiempo de haber hecho el mundo.

—Es que has cometido una verdadera indiscreción hablando de la atmósfera, cuando la hija mayor de la señora de Vientoseco tiene una nube en un ojo, y está para casarse. Cuando tú dijistes que esas nubes traen pedriscos, el futuro se estreñó en su asiento lo mismo que si ya lo estuvieran apedreando.

Los hombres nos parecemos á los gatos en algunas cosas, entre ellas en la atención felinea.

Además cuando estamos en la primera juventud les ganamos en travesuras. Nuestro espíritu retozón gusta de hacer lo que el pequeño *Micifuz* cuando con las nacientes uñas enreda los hilos de la madeja que con tanto cuidado devanaba su ama.

Al cabo el jugueteón rabierto logra formar una inmensa maraña. Recuerdo que hace muchos años, tanto que entonces creía yo en el desinterés de las mujeres y en el patriotismo de los políticos, me gustaba hacer visitas para hacer rabiar cortesmente á las niñas de la casa donde me presentaba.

El procedimiento no podía ser más sencillo ó inocente. En vez de hablar del tiempo, suprimía este prólogo, proemio ó introducción de las conversaciones vulgares.

Y me iba derecho al bufo en la forma que verán ustedes.

—¿Hace mucho tiempo que usted no vé á Futunita? me preguntaba la hija de las niñas casaderas que se encontraban en mi presentita.

—Pues la vi anoche. Estaba radiante.

—Tendría el quinqué enfrente.

—No. Radiante de júbilo. Va á casarse.

Las niñas al oírme trataban de evitar que en su rostro se reflejase el despecho.